

El reto para las universidades europeas

Reducir la financiación pública sin subir las tarifas puede hacer imposible alcanzar el proclamado objetivo de la "economía del conocimiento". En vez de europalabrería hay que fijarse en algunos modelos de EE UU

Por TIMOTHY GARTON ASH

La próxima semana haré mi migración anual de Oxford a Stanford. Estas dos universidades están entre las mejores del mundo, pero la británica Oxford tiene un problema del que la estadounidense Stanford carece. De cómo lo afronte, de cómo le permita afrontarlo el Gobierno británico, podremos deducir hasta qué punto el Reino Unido y Europa abordan con seriedad sus propósitos para el siglo XXI. Si, en los próximos años, ni siquiera Oxford puede mantenerse en la misma superliga que Stanford, quedará claro que toda la palabrería sobre la "economía del conocimiento" de Europa no es más que eso, europalabrería.

El desafío de Oxford es específicamente británico, pero también típico de Europa. En pocas palabras, se trata de que la financiación pública va a sufrir unos recortes salvajes pero, al mismo tiempo, el Gobierno impide que la universidad cobre los honorarios que ayudarían a cubrir la diferencia. Las tarifas habituales de Oxford para estudiantes de grado británicos y de la UE no llegan a 3.300 libras (3.900 euros) al año. En cambio, la matrícula normal para estudios de grado en Stanford, para el curso 2010/2011, asciende a 38.700 dólares (30.500 euros).

Oxford calcula que el coste medio de educar a cada estudiante es de unas 16.000 libras (19.200 euros). Poco más de 3.000 libras proceden de los honorarios de matrícula, para los que el Gobierno proporciona préstamos subvencionados a los alumnos británicos, y otras 5.000 libras proceden de la financiación pública directa, a través del Consejo de Financiación de la Enseñanza Superior. Por tanto, la propia universidad debe financiar la mitad restante de las 16.000 libras, a través de fondos, donaciones y otras fuentes de ingresos. Todo ello supone un gran esfuerzo para los recursos de la universidad. Y, a medida que se recorten los fondos del Gobierno, esa presión será cada vez más aguda.

En su último informe ante un comité que está estudiando la financiación de la enseñanza superior, y que remitirá sus conclusiones al Gobierno en otoño, Oxford plantea con franqueza el peligro que corre. "Las reputaciones", dice, "son difíciles de ganar, pero fáciles de perder".

El problema de Oxford consiste fundamentalmente en varias cosas. Se puede hablar sencillamente de "dinero". Se puede decir también "libertad". Porque no hay duda de que, si se libera de todas las restricciones gubernamentales y no creyese más que en las glorias darwinianas del mercado libre, Oxford podría aumentar sus tarifas lo indecible y, aun así, seguir atrayendo a estudiantes de todo el mundo. Pero la comunidad académica que constituye la Universidad de Oxford, como la sociedad general en la que está inserta, no cree en un "lo que aguante el mercado" puro y libertario. Es decir, el reto de Oxford es cómo combinar la libertad con otros valores europeos como la igualdad de oportunidades, la equidad, la justicia social y la solidaridad (entre otras cosas, con otros sectores del sistema de educación superior) en una mezcla que produzca suficiente dinero para sostener la universidad como una institución de investigación y enseñanza de categoría internacional.

Otro problema más amplio es no solo el de las matrículas, sino cómo financia el Reino Unido la enseñanza superior en general. EE UU dedica el 2,9% de su PIB a la educación superior. El Reino Unido dedica solo el 1,3%, ligeramente por debajo de la

media de la OCDE, 1,4%. En EE UU, alrededor del 66% de los ingresos procede de fuentes privadas, y en el Reino Unido, el 35%. Creo que el comité está examinando todos estos aspectos estratégicos, y me parece bien que lo haga.

El nivel de financiación pública para la educación superior y de posgrado debe for-

cional de Salud si eso supone hacer unos recortes aún mayores en otras áreas? Son decisiones que los británicos debemos tomar como nación. Pero también es muy importante establecer un marco de política pública para la financiación privada y los ingresos por honorarios.

A pesar de la crisis económica, la cam-

quien son hijos. Aquí, la vergonzosa venta con la que cuentan los hijos de antiguos alumnos y donantes —lo que permitió que George W. Bush entrara en Yale— sería inaceptable. Y además de todo esto, el proceso debe animar a los solicitantes de origen menos favorecido, no disuadirlos.

Es evidente que la perspectiva de endeudarse puede disuadir. Por ahora, Oxford parece estar en favor de la opción de los "honorarios aplazados". Los estudiantes no pagarían nada de entrada, sino que irían devolviendo la matrícula después, descontando un pequeño porcentaje de sus ingresos cuando empiecen a trabajar y a ganar más de, por ejemplo, 15.000 libras al año. Un impuesto para graduados, en otras palabras, pero en el que lo recaudado iría directamente a la universidad que asumió el coste inicial. Luego podrían perdonarse algunas deudas, por ejemplo a quienes se incorporen a profesiones valiosas para la sociedad, pero mal remuneradas.

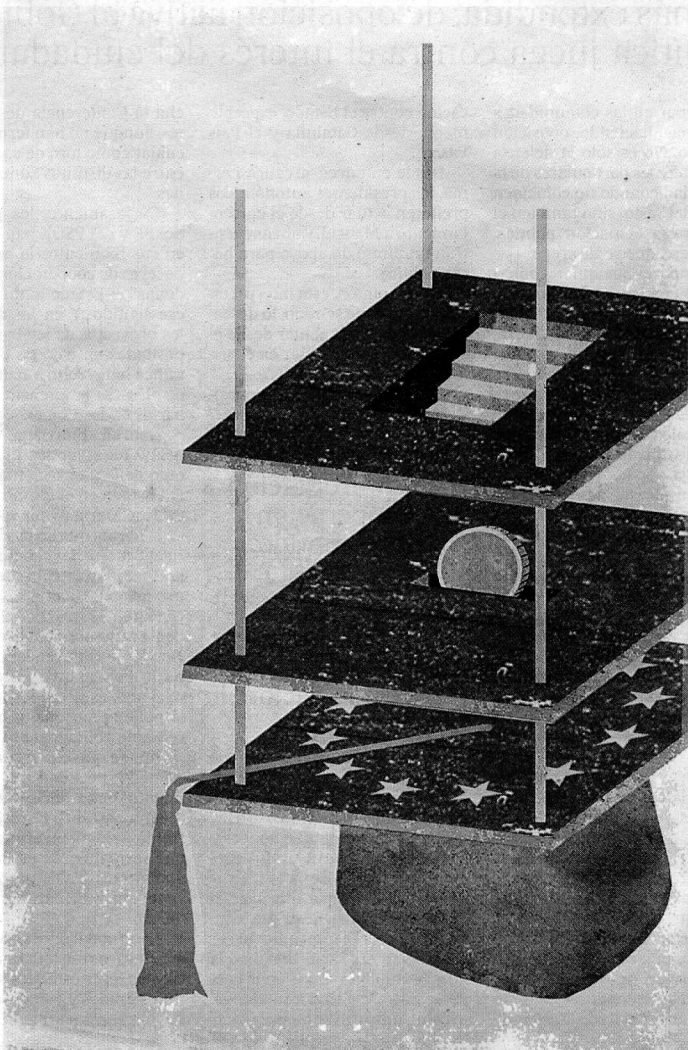
Creo que Oxford debería ser más ambiciosa y tomar ejemplo de Stanford. Un adolescente estadounidense que tenga talento y proceda de una familia pobre sabe que, si estudia mucho en el bachillerato, entra en Stanford por sus propios méritos y trabaja en algún empleo a tiempo parcial mientras hace la carrera, puede acabar sin tener ninguna deuda pendiente. El decano de Admisiones y Ayuda Económica de Stanford, Richard Shaw, me ha contado cómo funciona. Para casi uno de cada 10 alumnos, con unos ingresos familiares valorados en menos de 60.000 dólares al año, la universidad se hace cargo por completo de la matrícula y el alojamiento. Hay muchos otros cuyas familias tienen unos ingresos entre 60.000 dólares y 100.000 dólares, y en esos casos no pagan nada de la matrícula. Para poder sostenerlo, la universidad aporta unos 70 millones de dólares de su fundación. Es decir, que una prestación que podemos decir que es muy europea se obtiene mediante un instrumento muy estadounidense.

En mi opinión, eso es a lo que debería aspirar Oxford, aunque quizá no de forma tan espléndida. Con lo generosos que son nuestros donantes, en 10 años podríamos conseguirlo. Deberíamos tener libertad para cobrar más que otros, pero también estar dispuestos a ayudar más.

Como es natural, no hay más que unas cuantas universidades en el Reino Unido —como solo hay unas cuantas en EE UU— que puedan aspirar a esto. Por eso, cualquier reforma de la educación superior en el Reino Unido o en Europa en general debe regirse por un principio de autonomía, pero también de diversidad y equidad. Deseo apasionadamente que mi universidad siga siendo una de las mejores del mundo, pero soy consciente de que eso no debe suponer un perjuicio para otras universidades.

No será posible alcanzar el objetivo de la "economía del conocimiento", en ningún lugar de Europa, sin invertir más dinero en la enseñanza superior. En el caso de una universidad como Oxford, el marco para el cobro de honorarios y la obtención de fondos es tan importante, al menos, como la financiación directa del Gobierno. Más que "darnos las herramientas y nosotros haremos el resto", se trata de "darnos las reglas adecuadas y nosotros haremos el resto".

Timothy Garton Ash es catedrático de Estudios Europeos en la Universidad de Oxford. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.



EVA VÁZQUEZ

Becas o préstamos para los buenos alumnos de familias de rentas bajas son fórmulas a explorar

Como en la norteamericana Stanford, cabe potenciar el mecanismo de las donaciones privadas

mar parte del debate general sobre el gasto público. ¿Es mejor gastar 20.000 millones de libras en renovar el programa nuclear Trident o en las universidades? ¿Por qué hay que dejar sin tocar el Servicio Na-

paña de recaudación de fondos de Oxford se acerca ya a los 1.000 millones de libras, y no va a quedarse ahí. Ayuda el carácter descentralizado y orgánico de la universidad —Oxford lleva 900 años al borde de la anarquía—, con 38 colleges independientes y autónomos y muchos más principados, baronías y cantones académicos, cada uno con su pequeño batallón de apasionados fieles.

Aun así, no se puede eludir la cuestión de las matrículas. En un mercado académico globalizado, la disparidad con Stanford es excesiva. En el Reino Unido estamos de acuerdo en ciertos principios generales. La admisión de los alumnos debe basarse exclusivamente en los méritos académicos, sin tener en cuenta su situación económica, como en las mejores universidades estadounidenses; pero, a diferencia de EE UU, sin tener tampoco en cuenta de

sociedad

Las tesis doctorales tendrán que hacerse en tres años

Educación completa la transición a Bolonia: creará escuelas de posgrado ligadas a la Universidad ● Se admitirán prórrogas pero las deberá autorizar una comisión

J. A. AUNIÓN
Madrid

Hoy no hay límite de tiempo para hacer una tesis doctoral en España. La media, desde el inicio de los cursos hasta la entrega de la tesis, es de seis años. Con la nueva regulación que prepara el Ministerio de Educación, será obligado completar el doctorado en tres años, si se cursa a tiempo completo, o en cinco, si hace a tiempo parcial. Ambas opciones podrán tener hasta dos prórrogas (dos años para los de dedicación completa, tres, para los de dedicación parcial) que tendría que autorizar una comisión académica de la Universidad.

El real decreto que prepara el Ministerio de Educación, aún en fase de debate, completará la normativa de adaptación de los estudios universitarios españoles al espacio europeo de educación superior, conocido como el plan Bolonia. Los objetivos, aparte de intentar que no se eternice la elaboración de las tesis —“No tiene sentido presentar una tesis 20 años después de completado el periodo formativo”, dice el vicerrector de Doctorado de la Complutense, Manuel Rodríguez—, son fomentar la internacionalización (por eso se valorará especialmente la movilidad), y la coordinación, para lo que se crean las escuelas de doctorado que deberán ir ligadas a la estrategia de investigación de cada universidad, explica Juan José Moreno, director general de Política Universitaria de Educación. Es decir, se trata de que las tesis no vayan cada una por su cuenta, sino que estén enfocadas en una dirección dentro de la estrategia global de las Universidades.

Las escuelas doctorales, recogidas en la ley de la Ciencia y explicitadas en este futuro real decreto, las podrán crear una o varias universidades, y podrán contar con la colaboración de institutos de investigación, hospitales o empre-



Las nuevas escuelas doctorales contarán con la colaboración de hospitales o empresas. / ANXO IGLESIAS

Las destrezas del doctor

Un doctor debe tener, entre otras, las siguientes competencias:

- Comprensión sistemática de un campo de estudio y dominio de las habilidades y métodos de investigación.
- Capacidad de realizar un análisis crítico y de evaluación y síntesis de ideas complejas.
- Aptitudes de comunicación con la comunidad académica y con la sociedad.
- Capacidad de fomentar, en contextos

académicos y profesionales, el avance científico, tecnológico, social, artístico o cultural dentro de una sociedad basada en el conocimiento.

- Diseñar, crear, desarrollar y emprender proyectos innovadores en su ámbito de conocimiento.
- Trabajar en un contexto internacional o multidisciplinar.
- Integrar conocimientos, enfrentarse a la complejidad y formular juicios con información limitada.
- La crítica y defensa intelectual de soluciones.

sas de base tecnológica, españolas o internacionales, para que, además de potenciar cada universidad sus propias fortalezas, la investigación esté más ligada a las necesidades de cada entorno, y se fomenten las salidas laborales de los doctorados. “Este país necesita formar bien a las personas que

pueden liderar el cambio de modelo económico. Ahora, solo el 15% de los doctores trabajan en el sector privado; tenemos que convencer a las empresas de que tienen que incorporar a más doctores”, dice Moreno. El ministerio tiene previsto destinar nueve millones de euros de los presupues-

tos del próximo año para crear este tipo de escuelas.

Entre las dificultades del nuevo modelo están la de la financiación de estas enseñanzas, que también puede afectar a los objetivos de movilidad, y la reducción del número de años para completar las tesis, según las conclusiones

del foro de expertos organizado el año pasado por la Agencia de Calidad de las Universidades (Aneca). Además, desde CC OO reclaman que quede más claro en la normativa que las escuelas de doctorado deben depender y estar controladas por universidades (sean públicas o privadas). El sindicato FETE-UGT decía en un comunicado del pasado mayo: “No tenemos nada claro que creando una estructura de este tipo los resultados finales sean mucho más eficaces [...]; es más, ya hay ejemplos de escuelas de doctorado y/o de posgrado que no han servido para una mayor calidad del doctorado, si para un gasto más en estructura de cargos académicos y administrativa”.

Aún no está claro qué modelo de escuela seguirá cada universidad. “Lo más probable es que las pequeñas tengan una sola escuela y las grandes varias, dividas

El modelo exige tiempos razonables, internacionalización y coordinación

El ministerio dice: “Hay que formar a quienes liderarán el cambio económico”

por áreas de conocimiento, pero queremos debatirlo con las universidades; el próximo octubre organizaremos un congreso en Valencia para hacerlo”, dice Moreno.

El director de esas escuelas deberá ser un investigador de reconocido prestigio. Para acceder al doctorado, con la adaptación a Bolonia, los alumnos ya tienen que tener antes un título oficial de máster. Estos pueden estar especialmente enfocados a la investigación o a la especialización profesional. Si se cursan estos últimos, lo más lógico es que durante el doctorado haya que hacer algunos cursos complementarios de investigación. Esta fórmula de acceso ya está en vigor.

Ahora, el esquema de los doctorados es más flexible en la organización formativa y la investigación, pero tienen que ser aprobados y luego regularmente revisados por el Gobierno a través de las agencias de evaluación. Según la futura norma, a cada doctorando se le asignará un tutor a su llegada al programa, y, a los seis meses, un director de tesis (que pueden coincidir o no). Cada investigador en formación tendrá un registro de actividades personalizadas que se entregará al tribunal que valore su tesis.

Antes de que termine el primer año, el doctorando tendrá que presentar su plan de investigación que deberán aprobar tutor y director para poder continuar. Al final, deberá presentar la tesis sobre “una investigación original” a un tribunal en el que la mayoría de sus miembros debe ser de una universidad distinta de la que organiza el programa de doctorado. Solo habrá tres calificaciones posibles: no apto, apto y *cum laude* (se eliminan el bien y el notable).

Vaivenes, proyectos piloto y excelencias

“Yo lo que pediría es que dejaran tranquilo de una vez el *Boletín Oficial del Estado* y nos dejasen a las universidades trabajar”. El vicerrector de Doctorado de la Universidad Complutense de Madrid, Manuel Rodríguez, se queja de que en los últimos cinco años el doctorado ha sufrido en España al menos cuatro cambios legislativos importantes. Nunca se sabe, pero parece que por fin llega el definitivo con el real decreto que está ultimando Educación.

De momento, las universidades van echando sus cuentas y poniéndose en marcha. En el caso de la Complutense, dado su

volumen de estudiantes de doctorado —unos 10.000 en 2008, el doble de la universidad que le sigue, la Politécnica de Cataluña— “lo lógico sería probablemente hacer escuelas en cada centro”, dice Rodríguez, pese a que, con todo, “se perdería un poco la idea de integración” que se busca con el nuevo esquema.

En la Politécnica de Cataluña ya ha arrancado este año un proyecto piloto de escuela de doctorado. Se ha dividido en cinco áreas: Ingeniería Industrial, Ingeniería Civil, Ingeniería de Telecomunicaciones, Ciencias y Arquitectura.

Estas escuelas están muy vinculadas a la idea de la excelencia, a la potenciación de las fortalezas de cada universidad. De hecho, muchos de los proyectos presentados al programa de Campus de Excelencia contemplan la creación de estas escuelas. Es el caso del proyecto diseñado por las universidades públicas de Navarra, La Rioja, Zaragoza y Lleida. Se desarrollarían másteres enfocados a la investigación y programas de doctorado con profesorado internacional dentro de las líneas del proyecto: Energía sostenible, Tecnología al servicio de la salud, Alimentación y nutrición y

Conservación patrimonio cultural. Así lo explica el vicerrector de Planificación y Calidad de La Rioja, Rodolfo Salinas. El vicerrector habla de varios niveles de doctorado. Además de la escuela conjunta (aún en una fase embrionaria), La Rioja podría crear otra para fomentar sus puntos fuertes en campos en los que puede convertirse en referencia, como por ejemplo, la enología o la viticultura. Y finalmente, estarían el resto de doctorados que seguiría ofreciendo cada centro o facultad. El reto sería, dice, fomentar esas fortalezas sin devaluar el resto de la oferta.